

Día 18 de junio. Fiordo de Geiranger-Alesund.

Ya estábamos en el ecuador de nuestro viaje a tierras de vikingos. Nos despertamos en el Olden Fjordhotel, un hotelito con encanto al borde del fiordo del Norte, en la localidad de Olden. Eran las 06:30 de la mañana, lloviznaba un agua no demasiado desagradable. La vista que se nos ofrecía desde la terraza de la habitación era extraordinaria: las negras aguas marinas, que se veían al fondo, entreveradas de jirones blancos, y las casas diseminadas en la ladera de enfrente, con la arquitectura y los colores que las caracterizan. Todo un espectáculo de primera magnitud.

Nos encontramos con una novedad en nuestra rutina diaria. Los días anteriores cargamos las maletas al autocar para seguir nuestro viaje después de desayunar; pero en esta ocasión, por razones de horario del servicio de desayuno del hotel, tuvimos que hacerlo antes de tomar el primer refrigerio del día a las 07:00h. Aunque parezca una tontería, este pequeño cambio hizo que bastantes componentes del grupo nos despistáramos... y hubo alguno que tuvo que dejar a medias su colación porque no le daba tiempo a acabarla.

Nuestro viaje proseguía hacia el noroeste. En el autobús comenzamos a bordear el fiordo del Norte, disfrutando de las bellas vistas de sus montañas, sus caídas de agua y sus granjas, y lo abandonamos en Stryn. Aquí empezamos a subir un valle precioso, por una carretera que ofrecía vistas fastuosas... pero muy estrecha y sinuosa. En más de una ocasión nos sobresaltamos al encontrarnos de frente con autobuses o caravanas y tener que hacer maniobras, incluso dar marcha atrás, para encontrar lugares anchos en los que se pudieran cruzarse los vehículos. ¡Eso sí, todos asumían el engorro con amabilidad y sin hacer sonar el claxon en ningún momento! Allí todo el mundo sabe a lo que juega y acepta lo que le viene con resignada paciencia.

La subida fue espectacular desde el borde del fiordo hasta más de mil metros de altura. Nuestro estupendo guía Jaime nos fue dando las precisas indicaciones para que a la salida de los diferentes túneles observáramos los cambios de flora que se observaban a los diferentes niveles. Arriba del todo no había más que roca pelada y vegetación típica de la tundra, ningún árbol de gran porte. Los neveros estaban a ras del suelo y las caídas de agua las veíamos no desde abajo, sino desde arriba. Así llegamos hasta Dalsnibba, la zona de los Lagos Helados, aunque en este tiempo ya no lo estaban. No lucía el sol, pero tuvimos suerte de no encontrarnos con nubes bajas y disfrutamos de vistas espectaculares, sin más paliativos.

Cuando desde arriba vimos el camino por el que teníamos que bajar, nos pareció increíble. Era una carretera totalmente sinuosa, de curvas de ciento ochenta grados, cuando menos, en las que las maniobras para poder cruzarnos con otros vehículos grandes era una odisea. Hubo curvas tan cerradas que para poder girar nuestro autobús, conducido magistralmente por Sonia, tenía que dar marcha atrás para poder tomar correctamente el firme de la carretera. Tenemos que confesar que los sustos, los sobresaltos y los miedos hicieron su aparición en más de una ocasión. De esta manera, más pendientes de las

peripecias del autobús que del paisaje, descendimos hasta el embarcadero de Geiranger, en fiordo embarcamos.

Tras una hora aproximadamente de travesía, en la que tuvimos suerte de que no nos lloviera aunque el cielo estaba encapotado, vimos algunas granjas antiguas en las laderas de la montaña. Pasamos por delante de una serie de cascadas llamadas Las Siete Hermanas, aunque el poco caudal las minimizó hasta distinguirse claramente solo tres o cuatro. Frente a ellas, otras más nutridas y valientes: la del Pretendiente y, sobre todo, la de Hellesyltfossen, muy próxima a la localidad de Hellesylt en la que desembarcamos.

De nuevo en el autobús nos dirigimos al norte atravesando la komunne de Stranda, provincia que según dicen posee el mayor nivel de vida de Noruega. Una vez llegados a la ciudad de Stranda nos dirigimos hacia la derecha hasta llegar a Orneset, donde embarcamos. Y sin siquiera bajarnos del autobús atravesamos a lo ancho el Storfjorden. Travesía fantasma de quince minutos, porque cuando empezábamos a preguntarnos cuando empezaría a moverse el transbordador, ya habíamos llegado a la otra orilla, a Magerholm. Íbamos tan encajonados en el barco que ni siquiera nos dimos cuenta de que navegábamos.

Y ya, siguiendo siempre ruta hacia el noroeste, llegamos a Alesund. Como las condiciones atmosféricas eran favorables en ese momento, subimos al mirador del Monte Aksla. Casi en la cima vimos los restos de los búnkeres que los alemanes hicieron cuando ocuparon aquella zona en la Segunda Guerra Mundial. Desde allí se domina todo un espacio enorme del Mar del Norte. La vista de sus aguas grises, la multitud de islas que conforman la población y la panorámica de la parte más importante de la capital de la región eran, como siempre, espectaculares.

A la bajada del monte comimos, ¡cómo no!, en un hotel de la cadena Scandic (Scandic Parken) en pleno centro de la ciudad. Una anécdota: algunas personas de nuestra expedición se llevaron una buena sorpresa cuando al finalizar la comida fueron a tomar fruta que había en un buffet... y se la quitaron de las manos porque era para otro grupo que compartía restaurante con nosotros.

El hotel en que nos alojamos, el Radisson Blu Alesund, no estaba lejos de allí y nos fuimos andando... bajo una tenue lluvia que empezó a descargar inoportunamente. Pero duró tan poco que enseguida se quedó muy buena tarde y nos permitió pasear por la ciudad para ver la Catedral (solo por fuera, porque estaba cerrada) y las casas construidas según el estilo art nouveau, tras el incendio que arrasó esa parte de la ciudad el 23 de enero de 1904, y que, dicho sea de paso, desentonan al lado de los edificios tradicionales, preciosos por otra parte. También algunos entraron a tomar café con dulces en la Wayne's Kafeteria, mientras otros se fueron de tiendas. Y a las ocho, llegó como siempre la hora de la cena en el hotel donde estábamos alojados. Luego, cada mochuelo a su olivo, que el día había sido bastante largo.

CRONISTAS:

Carmen Vázquez y Julio Titos

Maruchi Riobos y Antonio Titos